

Desde su encantadora mansión del Tíber á orillas del Anio, centro del talento y de la hermosura de aquella época, su mirada profunda pesaba como una maza de hierro sobre la prematuramente envejecida frente de Roma, presagiando la agonía que para ella columbraba en los oscuros celajes del porvenir; no se le ocultó la suerte que esperaba á la última reina del mundo, porque el genio, cuando no crea en los encantados dominios de la fantasía, adivina en los estrechos límites de la razón, valiéndose de esa preciosa doble vista, cuya adquisición será eternamente un misterio para la vulgaridad.

El sabio Mecenas, el decidido protector de la literatura romana, el amable filósofo y favorito de Augusto, cuyo nombre, Horacio y Virgilio pusieron agradecidos al frente de sus respectivas odas y geórgicas, fue quien con más decidido empeño procuró alcanzar la protección del Cesar para Horacio, y como si quisiese sellar aquella inclinación misteriosa, con el que hijo del liberto le atraía, moribundo, espirante ya, velados casi sus ojos por la eterna y fría sombra de la muerte, el ilustre consejero del Imperio, exclamó dirigiéndose al augusto vencedor de Marco Antonio, en un supremo y heroico esfuerzo: "Acordaos de Horacio tanto como de mí".

Mecenas fue previsor; el reinado de Augusto hubiera sido incompleto si no florecer Horacio; genios como el del esclarecido poeta latino, no necesitan un siglo para engrandecerse; en cambio, sin ellos, los siglos no se inmortalizarían en la historia de las ciencias y las artes humanas.

Josefa Pujol de Collado.

